

¡Otra vez la cuestión totonaca!

Jürgen K. Brüggemann

Nunca he negado, pero tampoco afirmado, lo totonaco del Tajín; simplemente he expresado en varias ocasiones las posibilidades de la arqueología como disciplina científica. No veo cómo la arqueología pueda resolver un problema etnológico; y la cuestión totonaca es indiscutiblemente un problema etnológico o etnográfico. Lo que puede hacer la arqueología es definir grupos, unidades, complejos, contextos y culturas, siempre y cuando éstos se apoyen en una base empírica formada por los mismos materiales arqueológicos. Sería fácil deducir la pertenencia étnica, si cultura, lengua y etnia fueran una y la misma cosa. Sin embargo, ahora se sabe que este enunciado es una falacia. Conocemos las dificultades en las cuales cayó la investigación indo-europea por las falsas premisas de interacción entre cultura, idioma y etnia. En realidad, se cuenta con tres cuadros diferentes: uno de las características culturales, otro de la distribución étnica, y uno más lingüístico, los cuales, de ninguna manera, coinciden.

Analicemos un caso bien conocido como el del Valle de México en tiem-

pos de la conquista española. En aquel momento, el Valle de México fue densamente poblado por diferentes grupos indígenas: tepanecas, mexicas, culhuas, etcétera, hablando un solo idioma, el nahuatl, en contraste con otros grupos que hablaban otomí, por ejemplo. Todos sin excepción compartían la misma cultura como lo han demostrado las múltiples excavaciones arqueológicas en el Valle de México y sus alrededores.

Por otro lado, la definición de etnia presenta también algunas dificultades. Lo cierto es que se trata de un grupo humano que se distingue de otro por características particulares. En este sentido, el parentesco seguramente juega un papel imponderable, especialmente para el tiempo al que nos referimos nosotros. Pero también cuestiones sugerentes como el "cuerpo de espíritu" así como algunas articulaciones en la mentalidad y en la forma de organización política. Todo lo particular y subjetivo forma un sistema de valores que hace especial e inconfundible a determinado grupo humano. En este sentido, se abre la puerta a muchas va-



FOTOGRAFÍAS: MAURICIO MUJOL



riaciones en la conformación de una etnia y sus relaciones que establece con otras. Pueden coincidir cultura e idioma; sin embargo, el aspecto étnico es diferente. Como vemos, para definir una etnia hay que basarse en un análisis multifactorial y no fijarse únicamente en un factor que diferencia a un grupo de otro. Lo que define convencionalmente en la actualidad a una etnia es, lamentablemente, la pertenencia a un grupo lingüístico: así, totonacos son los que ¡hablan totonaco! Este simplismo trae muchas consecuencias cuando se observa en detalle a este grupo tan grande. Primero, existe mucha variación en el idioma entre una y otra población, por ejemplo entre los totonacos de la sierra y los de la costa: unos conviven con nahuas y tepehuas, otros con poblaciones mestizas semiurbanas.

Las fuentes y códices tampoco ayudan mucho cuando se toca la cuestión totonaca en relación con el Tajín. Torquemada habla en forma muy vaga sobre una región poblada por totonacos y de una dinastía totonaca que reina durante 800 años en Mixquihucacán, lugar que identifica García Payón con Tajín. Sin embargo, no existen pruebas contundentes para que eso fuera así. Al contrario, siguiendo el texto de Torquemada nos encontramos en un ambiente serrano y los pueblos cercanos mencionados en el texto apuntan más bien hacia la región de Zacatlán.

En el caso de Zempoala sabemos que se trató de un señorío totonaco, aunque el señor llevaba un nombre náhuatl, lo cual indica la fuerte presencia del altiplano en esa región. Lo mismo sucede con el material arqueológico. Distinguimos claramente una tradición del Golfo en la cerámica representada por las cerámicas de "pastas finas" y otra del altiplano central por tipos como "polícroma totonaca", una copia fiel del tipo "cholulteca laca firme" de Cholula, igual que otros tipos cerámicos del grupo texcocano.

En Tajín, en cambio, el cuadro cultural es diferente; se distingue en la tradición costeña una local y otra que tal vez conecta la costa central con la región huasteca. Faltan por completo las cerámicas del complejo Puebla-Mixteco; si existe una relación con el alti-



plano central habrá que buscarla en poblaciones influenciadas por la cultura teotihuacana.

Al observar el Tajín como ente arqueológico, se constata que tiene su personalidad cultural propia tan marcada que con justa razón debería hablarse de "La Cultura del Tajín", en lugar de atribuirle una identidad étnica sumamente cuestionable. Aunque muchos investigadores atribuyen el Tajín al grupo indígena totonaca, esto no mejora la calidad de los argumentos. Cierto es que a la hora de la conquista Tajín fue abandonado y redescubierto a fines del siglo XVIII con el nombre de Tajin, que significa 'trueno' en totonaco. Ar-

queológicamente podemos comprobar que Tajín, después de su abandono en el siglo XII, fue utilizado por algunas poblaciones con fines rituales. La mayor parte del material óseo resulta de esta fase postTajín.

Finalmente, quiero hacer constar que no existen evidencias arqueológicas para identificar la población actual con los constructores del Tajín arqueológico; por el contrario, sospechamos que se trata de poblaciones totonacas que emigraron hace algunos siglos de la sierra hacia la costa. Por tanto, y a manera de conclusión, diremos que no existe razón suficiente para mezclar lo totonaco con la cultura del Tajín.

